



Camille de Toledo

**Teseo, su nueva vida**

Traducción del francés de Robert Juan-Cantavella



Galaxia Gutenberg

CAMILLE DE TOLEDO

# Teseo, su nueva vida

Traducción de  
Robert Juan-Cantavella

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Thésée, sa vie nouvelle*  
Traducción del francés: Robert Juan-Cantavella

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2021

© Camille de Toledo, 2020  
Edición publicada según acuerdo con Agence littéraire Astier-Pécher  
Reservados todos los derechos  
© de la traducción: Robert Juan-Cantavella, 2021  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 8498-2021  
ISBN: 978-84-18807-04-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Los padres comieron las uvas agrias, y los  
dientes de los hijos sufren la dentera.

*Libro de Ezequiel, capítulo 18*

tú, hermano mío, dime...

*¿quién comete el asesinato de un hombre que se mata?*

naciste el veintiséis de enero  
de mil novecientos setenta y tres

unos meses después de tu nacimiento  
tuvo lugar la primera crisis del petróleo  
que anunciaba el fin de un mundo

el fin de la energía infinita

después de más de treinta años de una crisis del capitalismo  
entregaste tu vida  
y desde aquel día yo soy tu superviviente  
el que carga a sus espaldas con el enigma  
de tu muerte

un enigma que atraviesa los tiempos  
y las fronteras  
una pérdida y una carencia a las que se suman otras  
historias llegadas del pasado que permiten discernir  
un hilo frágil

y cuando tiro de ese hilo, lo que me revela es:

que somos  
un encadenamiento de desastres  
y derrumbes

y que esta envoltura a la que llamamos Cuerpo  
que vestimos, cuidamos y veneramos, es solo la  
cristalización de unos lazos que  
en el exilio, la vejez o el accidente  
pueden llegar a disolverse

un hermano, una madre, un padre, una lengua  
la huella de una ciudad donde aprendimos a amar  
el recuerdo, siendo un niño, de los bosques  
alrededor de un pueblo

cuando perdemos nuestros lazos, hermano,  
nos derrumbamos

y después de tu muerte, yo me derrumbé

me vi vapuleado y atravesado por unas fuerzas extrañas  
venidas del pasado  
para mí ya no había más días  
más luz

tuve que volver a buscar vuestros rostros  
revisitar la historia de la que nacimos

siguiendo el hilo de esas fuerzas, me vi obligado  
a sumergirme de nuevo en ese tiempo absurdo  
y amnésico

del «Sueño Económico Europeo»

luego tuve que volver a atravesar la guerra, llegar a las trincheras  
del otro siglo  
sumergirme en las aguas del tiempo

iluminar las mentiras  
que nos alumbraron a nosotros

ya ves, hermano,  
para no morir, he tenido que emprender un viaje  
al fondo de la noche, en los pliegues del cuerpo  
en los estratos del tiempo

con el fin de entender lo que te sucedió

y responder a esa pregunta errada  
que acabó por darle la vuelta a todo aquello en lo que  
yo, el moderno, había creído

el hijo de la prosperidad

*¿quién comete el asesinato de un hombre que se mata?*

pues con esta pregunta se abre el relato arcaico  
que atraviesa las edades y rebota  
de vida en vida, del pasado al futuro

al futuro

uno de marzo de dos mil cinco

*París*

un padre desata a solas la cuerda con la que se ha ahorcado su hijo, yo voy en un taxi que cruza el río, no sé nada de lo que está sucediendo pero el mensaje del contestador dice que me dé prisa, es una voz aterrorizada, la voz del padre; apenas salgo del taxi echo a correr, tecleo un código, ya no me acuerdo; el ahorcamiento es un acto arcaico, no es como saltar por la ventana, la cuerda viene del pasado, que es donde yo habré de volver; pero de momento encaro la escalera, sus peldaños desgastados, en el segundo la puerta está abierta, veo al padre sentado, en el rincón, y al hermano acostado

ahora todo se derrumba y la vida está maldita

la intuición que me acompaña desde la infancia encuentra por fin sus razones; así lo creo, por lo menos tengo la sensación de que todo cuanto ahora se materializa, el hermano, el padre sentado, todo obedece a una ley, a una ecuación; me acerco al hermano yacente; en ese momento de mí sale un grito para arrebatárselo a la muerte, a cuantos permitieron que sus penas y los secretos corrieran de cuerpo en cuerpo, de año en año; y con el grito sale también otra cosa: el recuerdo de la niñez, pero el hermano sigue allí, sobre las baldosas rojas; nada lo despierta, ya nada tiene solución; hay una línea de corte entre el hermano muerto y el padre y la madre y el hermano vivos; hay una imagen que falta, la buscaré durante mucho tiempo; la del hermano ahorcado

ahora todo se derrumba y la vida está maldita

y la imagen que deja, que habrá de atormentar a los que aquí se quedan en su esfuerzo por volver a vivir, es una herida arrolladora; luego llegan los bomberos, después la madre, el padre la ha avisado; su rostro al entrar, no lo recordamos; su rostro, cuando se llevan el cuerpo, no lo miramos; no miramos nada; estamos con el padre y con el hermano que queda; aquí será donde se afiance la prisión de sensaciones para la vida del después; en el corazón, algo que cuaja, que se filtra a través de la piel y hasta la sangre; es una alquimia de temores cuyos efectos habrá que comprender para tejer el futuro con algo más que escombros; pero allí queda el padre, la madre, y entre ellos una grieta que es donde respira el hermano vivo; retiran el cuerpo del hermano muerto sobre cuyos hombros descansaba el peso del tiempo; en ese momento, el padre, la madre, no se hablan; está el silencio y lo que oímos; y es que cuando hay un muerto presente todo se vuelve una maraña de culpas y remordimientos que cada uno trata de esquivar

ahora todo se derrumba y la vida está maldita

me queda claro que *a partir de ahí* la existencia se partirá en dos; ¿acaso lo sabía desde el principio? ¿acaso hay una coherencia en todo cuanto sucede? después del hermano mayor va a haber que resistir, soportar esa escena; el hermano que ya no está; a partir de ahora, ser el único que queda; y los días pasan; las visitas de la familia, los amigos que se organizan, que acuden a saludar a la madre; algunos, avergonzados, llegan a estrecharla entre sus brazos; pero, en general, es una muerte que separa; sentimos que nada tiene solución; lejos del padre y de la madre, las palabras ya intentan asentar un relato para evitar que el cuerpo resulte un estorbo; ya hace años que no estaba bien, estaba enfermo, eso es lo que cuentan, lo que quieren creer; la familia busca un relato para evitar que el suicida contamine la vida; convierte esta historia en una tragedia personal: «una elección libre»; ese mito resistente que se alza como un muro alrededor de aquello que tiembla para que todo siga igual; porque nadie quiere permitir que esa cuerda, la cuerda que anuda las edades y los recuerdos, el

pasado y el futuro, acabe por alcanzarlo; el relato –estaba enfermo, ya hace años que no estaba bien– es la razón por la que hacemos un corte entre eso y nosotros

un hermano que se ahorca

se habla de su compasión; de su tristeza y sus pesares, que los hay, porque la gente lo amaba; su fragilidad acabó dañando los valores de fuerza que, en esta familia, son el otro nombre del poder; al compartir sus penas, el hermano que quería morir –a veces pienso que *debía*, y todo cuanto trato de entender está ahí, en ese *deber*– acaba resultando conmovedor; nos deja a todos huérfanos de la esperanza de salvarlo; mas cuando todas las bocas callan, cuando nadie se enfrenta a las cosas muertas, ¿quién podría haber acudido en su ayuda?; cuando uno no quiere que la muerte lo salpique se asienta un relato, y ese relato llega a oídos de la madre; lo que ella siente no lo puede compartir; ya no puede seguir huyendo como ha hecho toda su vida; el suicidio de su hijo la obliga a observar aquello que siempre rehuyó; y ahora es demasiado tarde, el hijo se ha ido y ella dice

*quisiera morir*

se lo dice al hermano que queda; de noche, cuando me despido de ella, la madre busca razones: *¿quién comete el asesinato de un hombre que se mata?* se pregunta mientras se encierra en un sueño forzado que la borra; presa todavía de un poderoso enfado: un culpable, para no condenarse demasiado necesita un culpable; el odio se apodera de ella, auténticas olas de rencor que transmite a los vivos; la madre es un puño cerrado que ya no ve la luz; hace como que vive, como que come, pero a través de esas imágenes falsas yo la veo precipitarse; la madre es un acantilado que el terror va erosionando; yo me paso por su casa, intento ayudar; soy un nexo entre dos mundos que se alejan mutuamente: el continente de los vivos y el de los muertos; soy portador de una esperanza intacta, pero la vida es sombría; en los meses que

siguen a la muerte del hermano, me convierto en el padre de los míos, el padre de la madre y el padre del padre

ahora todo se derrumba y la vida está maldita

hay un verano en el que los pajarillos revolotean en un jardín del Sur; uno de ellos se posa sobre el hombro de la madre; yo, a modo de consuelo, tratando de hacer como que la vida sigue su curso, me digo que ese pájaro es el hermano; la madre quiere creerlo, juega con el pájaro; luego llegan los días de otoño, ella se reincorpora al trabajo, o por lo menos lo intenta; pasa septiembre y pasa octubre; los cielos cargados de la ciudad del Oeste, el gris de los tejados, los colores pálidos, son meses que no arreglan nada, todo empeora, falta la imagen, la del hijo que se ahorca

*¿dónde estabas? ¿qué hacías?*

hay momentos en que uno, por la vía de la rutina, trata de evadirse; pero el olvido no llega porque hay un momento que no se puede olvidar: el cuerpo del hijo y la imagen que falta de cuando se echa la soga al cuello, cuando le cuesta respirar, cuando la sangre se hiela; y noviembre también pasa; «el hermano me ha robado mi luz, se ha llevado mi sol», son pensamientos que ocupan al hermano vivo cuando ve que sus fuerzas y alegrías sirven para animar a los demás, especialmente a la madre; y, precisamente, la cabeza de la madre se apoya sobre mis hombros, busca un apoyo; yo me esfuerzo por servirle de apoyo y pasa diciembre, luego enero; ella se encomienda a mí, a lo que parezco saber: *tendré que transformar la experiencia de esta muerte, sin eso nada servirá de nada*; y la madre siente que en mí hay esa búsqueda, pero quiere que se celebre el juicio por el suicidio

*¿quién comete el asesinato de un hombre que se mata?*

después todo va a peor, todo se acelera de una forma furiosa; la madre deja para el futuro cuanto en ella exige una venganza; y

yo necesitaré años para entender lo que fluye de un cuerpo a otro, de una vida a otra durante los meses que siguen a la muerte del hermano; y así, el mes de enero nos lleva al aniversario del desaparecido; ese día no celebramos nada; la madre y yo nos veremos para comer y diremos que la vida sigue; hablaremos del mundo, de sus guerras, de ese que murió el pasado mes de marzo; la madre vuelve de un viaje; ha reunido las fuerzas para abandonar la ciudad del Oeste, el otoño, los tejados demasiado grises, el viento en las calles agitadas; tomar el avión, dormir, aturdirse con pastillas y luego llamarme

*¿vamos a comer?*

comemos en la plaza de la Bolsa, en París, un día gris como cualquier otro; es el veintiséis de enero, día del nacimiento del hijo muerto; pero el ritual del aniversario ha perdido su sentido; hacemos como que hablamos, nos despedimos en la acera; luego, por la tarde, pasadas apenas unas horas, a la madre la encuentran en la última parada de un autobús, dormida para la eternidad; día de nacimiento del hijo, día de muerte de la madre treinta y tres años más tarde; *un veintiséis de enero*; es algo que sucederá otras veces: fechas que se superponen, «sincronías», pues así se llaman; *coincidencias*, dirán aquellas y aquellos que no quieren comprender; pero yo digo que son «lapsos del tiempo», puntos en que el pasado se mezcla con el futuro, en que el contorno seguro de los cuerpos se desdibuja ante todo cuanto vincula los nombres entre las edades; y la madre ahora está muerta; el hijo superviviente dice una tarde llorando

*pronto, yo seré el último*

pero ya no sabe a quién dirigir sus oraciones y su padre empieza a declinar; durante los meses que median entre la muerte del hermano y la muerte de la madre, el padre se ha repuesto, se ha ocupado como ha podido de los asuntos de la familia; se ha implicado en la elección del material para los ataúdes, ha intentado confortarme compartiendo su fe: *he hablado con tu*

*hermano, me dice, ya no sufre, y ahora que la madre ha muerto, añade: está en paz, créeme, está con su hijo... y esa pena suya, ¿cómo voy a discutirla? ¿con la razón? ¿qué razón? el hermano que queda deja a su padre con sus creencias, y si habla con fantasmas, con espectros... que cada cual se defienda de todo esto como mejor pueda; porque ahora toca despedirse de la madre, y una vez más, una vez más, llamar a la familia, a los amigos, a los conocidos; el hermano que queda recibe, organiza; hasta ahora ha vivido protegido detrás de los suyos; en adelante habrá de ser él quien proporcione sustento, ser un hijo que recibe; el padre lo ayuda, pero flaquea, algo lo enfurece; no logra hacer frente a aquellas y aquellos que asientan el relato de la muerte de la madre; vivía devorada por la culpa, dicen, la desaparición de su hijo la había aniquilado, quería morirse; y luego están los que dan su opinión: mejor habría hecho dejando respirar a sus hijos; y los que callan prudentemente; y después familia y amistades siguen con su vida, yo eso lo veo; se sienten tristes, pero hay que seguir adelante, además, estos tiempos no soportan lo trágico; así que el padre y el hermano que queda se encuentran solos; pasan los meses, cuatro años; el hijo superviviente se ocupa de su padre enfermo, de esas células que no consienten en morir; al final debe ocuparse de lavarlo, de alimentarlo*

*no te preocupes, dice el padre, me voy a curar  
me operarán los espíritus*

y el hermano que queda no tiene nada que objetar a las esperanzas de su padre; en realidad no tiene nada que objetar, aunque la razón —esa razón cuyos contornos va a tener que dibujar de nuevo— lo lleva a dudar de las creencias, de la fe; se calla y soporta, acepta, acompaña; son años en los que los dos hombres vacilan: ¿qué deberían celebrar? ¿los nacimientos? ¿las muertes? los dos primeros años ponen una nota en el periódico, luego el declive del padre se acelera; la vida del hermano que queda es un hilo tendido entre el día y la noche; durante el último invierno da baños al padre arrodillándose a su lado

para ayudarle; dos siluetas afligidas que luchan y que la enfermedad no tardará en separar

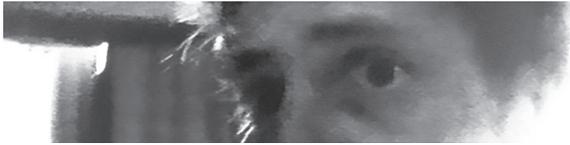
*no te preocupes, dice el padre, me voy a curar  
me operarán los espíritus*

pero el hermano que queda trata de protegerse, sigue leyendo cuanto sucede como una necesidad cuyo origen no logra entender, aunque siente su llamada y su mandamiento; luego, a principios del verano, el padre muere: y a partir de ahí todo es una cuenta atrás para huir de la ciudad del Oeste y retomar lo antes posible el curso de la existencia; hay una ceremonia, la tercera; la familia, los amigos; pero esta vez ya no hay relato; ¿qué podría añadirse? el padre ya no está, solo queda uno y resulta un estorbo; los supervivientes buscan un *porqué*, cuando uno preferiría que se callaran, que se atuvieran al relato que elabora la gente; pero no pueden hacer otra cosa; siguen viviendo, su presencia les inquieta; ¿qué van a decir? el hermano que queda más que otra cosa intenta evadirse, si se queda en esa ciudad tiene miedo de acabar igual; quiere abandonar el país de su madre y, si lo logra, abandonar también el país de su lengua; en él anida esta frase

*no volver a oír hablar de... no volver a oír hablar de ellos...*

¿de qué manera se han unido tras la muerte esos tres cuerpos, el cuerpo del hermano, el de la madre y el del padre? no quiere saberlo; cree —esa es su esperanza— que va a ser capaz de recuperar una existencia ajena al pasado; cree que, como recompensa por los días que ha entregado a los suyos, a partir de esas ruinas, podrá tomar posesión de su vida; necesita meses, un año, luego otro; cree que marchándose va a poder abandonar el nudo que forman la ira y los secretos, dejarlo atrás como una maleta; su fe en una vida nueva está intacta; quiere creer en la partida, en la ciudad del Este a la que se dirige; el hermano que queda se dice que en adelante es huérfano, y a partir de ese *orfanato* tiene la esperanza de inventar lo que él llama su *revivencia*; pero olvida-

ba precisar que, cuando se sube al tren, lleva consigo unos archivos, tres cajas llenas del recuerdos de los suyos: cartas, correos electrónicos, manuscritos, fotografías de su infancia; unas cajas rebosantes que mete en el vagón en que toma asiento; el fugitivo, de momento, piensa en su fuga; también un poco en la rabia que siente contra ellos, contra sus muertos; pero lo más importante, lo que busca a toda costa, es el olvido: una tabla rasa para relanzar la vida...



y en ese momento, la ciudad del Oeste ya no es habitable  
deja su país con sus tres hijos  
tras de sí, París es una necrópolis